

CUANDO EL DIABLO
SALIÓ DEL BAÑO

SOPHIE DIVRY

CUANDO EL DIABLO SALIÓ DEL BAÑO

NOVELA IMPROVISADA,
DISRUPTIVA Y POCO SERIA,
CONMOVEDORA, DIGRESIVA,
CACHONDA Y EXCÉNTRICA

TRADUCCIÓN DE MARÍA ENGUIX TERCERO

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

“ ”

*A los improductivos,
a los niños,
a los famélicos,
a los soñadores,
a los comedores de pasta
y a los «derrotados»
dedico este libro.*

Yo es una herramienta.

Si Rimbaud pudiese escuchar esto, diría: «Uy, sí, es mil veces mejor que “yo es otro”».

RAYMOND FEDERMAN

Cuando estás en el paro, es decir, desnutrido, aburrido, agobiado por preocupaciones y miserias de toda índole, no tienes ganas de comer sano.

Lo que apetece es algo «un poco sabroso».

GEORGE ORWELL

PRIMERA PARTE

Donde se cuentan los apuros económicos de la protagonista, que busca qué llevarse a la boca al tiempo que trata de contener las intervenciones intempestivas de parientes y amigos egoístas, objetos parlanchines, mails, telefonazos y otros atropellos de la vida moderna.

Durante cierto periodo de mi vida vi como mi renta se dividía en tres y mi casa pasaba de ochenta a doce metros cuadrados. Por razones que veremos más adelante, no era desdichada, pero sí pobre. Una buena mañana de abril, al volver de la biblioteca, una factura de regularización de la EDF, la compañía eléctrica de Francia, me esperaba en el buzón. Los muy cabrones me reclamaban 260 euros. En mi cuenta bancaria quedaban 300. Temblando, rellené el cheque, lo firmé y lo envié por correo. Después me dije que había llegado la hora de buscar trabajo.

Entonces hice lo que todo el mundo habría hecho en mi lugar: encender el ordenador.

En la web pole-emploi.fr, tecleé mi usuario, mi clave secreta y mi código postal para entrar en mi «espacio personal» de desempleada de larga duración. Primero lancé una búsqueda multicriterios, empezando por «escribano», «periodista» y «profesor», lo que me devolvió entre cero y seis resultados, ninguno en Lyon, y ninguno sin la referencia «Permiso B obligatorio»; se me nublaron los ojos; amplié la búsqueda: «responsable de comunicación», «vigilante de internado», «secretaría», «detective privado»... No pude seguir leyendo, tanto era el estrés que me oprimía el estómago, porque, mientras la web accionaba la manivela para sacar ofertas improbables, mi cerebro recalculaba sin cesar la resta: $300 - 260 = 40$.

¿Quién tenía la culpa? ¿Las bombillas? ¿La vitrocerámica? ¿El hervidor? ¿El calentador? ¿El módem? En mi casa todo es eléctrico. El mes de enero había sido especialmente duro. El Saona se había helado. El barrio entero se había congelado de frío, impidiendo una niebla glacial el menor movimiento; sólo el humo

CUANDO EL DIABLO SALIÓ DEL BAÑO

blanco se escapaba de los tejados, prueba, para algunos, de la ayuda de una calefacción central, y, en este paisaje entumecido, las volutas de humo parecían sábanas blancas implorando clemencia al invierno. Cuatro meses más tarde, cuando se supone que la primavera ha de regocijar el corazón, yo fusilaba con la mirada las estufas que, indiferentes a mis apuros, hibernaban bajo el polvo. Puercos radiadores. $300 - 260 = 40$. Alarmada por esta sencillísima y reiterada resta, mi mente se empeñaba en negar la evidencia del resultado. Lo recalculaba sin cesar, deseosa de que apareciese otra cifra, para evitar así la pregunta siguiente: ¿qué hacer para aguantar diez días con cuarenta euros?

Qué hacer o, mejor dicho, qué no hacer: ¿no comprar, no salir, no querer, no metro, no autobús, no *shopping*, no postres, no carne, no cerveza, no mercado, no cincofrutasieteverdurasfrescas, no café, no imprevistos, no facturas nuevas, no nuevos cobros? Estos pensamientos me atosigaban hasta bloquearme los pulmones en una no respiración que me habría llevado sin duda a una sí crisis de ansiedad y luego a una sesión de contemplación del techo, cuando mi ordenador emitió un bip que me produjo un brusco sobresalto.

Era un mail de Hector, mi amigo del alma.

Había conocido a Hector en la facultad, seguíamos siendo íntimos (lo que es raro, porque me horrorizan las amistades sólo fundadas en la rememoración de un pasado común). Hector era más inteligente y menos desenvuelto que la media. Estilo corbata de lunares sobre camisa a cuadros. Brillante saxofonista, tendría que haber sido profesor de música, pero su frágil salud le había cerrado las puertas del conservatorio. Sufrió una crisis asmática durante el examen. Desde entonces, padecía precariedad crónica; malviviendo con un puñado de clases particulares, tirando de currelos mal pagados en el seno del Pôle emploi, Hector prometía con frecuencia que se presentaría de nuevo al examen, sin decidirse nunca en serio. Último detalle antes

PRIMERA PARTE

de concluir este paréntesis del relato en razón de presentar a un nuevo personaje: Hector tenía un tic muy peculiar, que nos resultará útil para el resto de nuestra historia. Bien por esnobismo, bien como instrumento de defensa contra la baja autoestima inherente al paro, bien incluso por coquetería desfasada en estos tiempos industriales, mi amigo hablaba con epítetos antepuestos. Pese a este tic relativamente insoportable y por razones que ocuparían demasiado espacio aquí, Hector era un incondicional y adorable compañero de miserias, a quien yo sometía a veces mis angustias, con frecuencia mis apuros y siempre mis libros. Como todo escritor, esperaba con avidez sus comentarios sobre mis trabajos. Pero las obsesiones de mi amigo apuntaban a otro asunto, mucho más jugoso. Porque yo era la única chica de la Croix-Rousse con la que Hector no se había acostado, permitiéndole este estatuto de extraterritorialidad confesarme sus hazañas. Hector era uno de los raros desempleados que conozco que conseguían gustar a un porrón de chicas, todas ellas, palabra de honor, la mujer de su vida.

De: Hector_a_dos_velas

Fecha: 20 de abril de 2012, 16:35:55

Para: Sophie_sin_blanca

Asunto: Hola.

¿Sabes que la guapa Belinda, mi encantadora vecina, me trajo una gran porción de deliciosa tarta de manzana el otro día? Creí que la tenía en el bolsillo (bueno, en la cama), pero al día siguiente me la cruzo con un horroroso tipo que me presenta como «mi chico», un zopenco parisino llamado Charles-Édouard. Un imbécil, estoy asqueado. Te vas a reír, pero desde entonces me han entrado celos. Quizás porque vive en la planta baja de mi edificio, he tardado demasiado con esta chica. Llevo un cabreo de muerte conmigo mismo. Sólo pienso en ella... En cuanto vuelva a Lyon, pienso atacar. Por lo demás, dejo que mis buenos padres me alimenten. Hago crucigramas.

Para despejarme las ideas, he leído tu segundo libro. No está nada

mal. Fijo que ya vas por otro. Ya conoces mi opinión: ¡si quieres ganar dinero, escribe algo alegre, fácil, con suspense, sangre, sexo!

Hablando de sexo, ¿crees que puedo enviarle un ambiguo mensaje a Belinda? Para que no me olvide, la muchacha... Dime qué piensas y vígila el barrio. Si ves a «su chico» (qué expresión tan ridícula), envíame un detallado informe.

Besos

*Para proteger el medio ambiente,
no imprimas este mensaje si no es necesario.*

Recibí un mail de mi hermano Élie en ese mismo momento, con una foto adjunta. En una barca de pesca, dos hombres de cuarenta años exhibían orgullosos un enorme pez muerto. «El pez pescado es un congrio mira la imagen adjunta todavía no he pescado un bonito como el del hermano de mi novia en Hyères hasta pronto Élie.» Me entraron ganas de enviarle la frase de Marcel Pagnol: «¡Hacerse una foto con un pez, qué falta de dignidad!». Lo que, junto con uno o dos smileys y besos fraternales, sirvió de respuesta rápida.

—¡Ah! ¡Pagnol! —me pareció oír a mi madre—. ¡Qué hombre! ¡Qué pluma!

Me detuve en la ventana con una leve sonrisa. Las chimeneas de Feyzin expedían al cielo varias humaredas grasientas que se reunían en una inquietante capa negra, pesada como una mala conciencia, y que planearía sobre la moral de los ciudadanos todo el día. Mientras contemplaba la nasa urbana, un nudo doloroso volvió a formarse en mi estómago, recordándome que estaba viviendo por anticipado algo desagradable. Hubo un instante de flotación, como si esta ansiedad no tuviese causa; luego, en una fracción de segundo, mi pensamiento repasó por encima la foto del congrio, por encima el mail de Hector, y, a medida que mis ojos se despejaban del paisaje y volvían a la pantalla, se topó de nuevo con la terrible pregunta. 40 euros y estamos a día 20. ¿Qué hacer?

2

—¡Ay, hija mía! —exclaresopló mi madre—. No sabía que eras tan pobre. Tengo que enterarme por tus libros... Si lo hubiera sabido, nunca habría dejado que te marcharas para dedicarte a esta condenada literatura.

Las alacenas estaban vacías, como de costumbre a finales de mes. Lo mejor era comprar el máximo de víveres y atrincherarme en mi casa.

—¿Tu casa? —continunegó mi madre—. Esto no es una casa. Un estudio, un estudiete, una tienda de campaña, una cabaña, un refugio, un cuarto, si me apuras, pero una casa, no. En una casa hay cortinas. En una casa habría tarros de mermelada sobre un estante, habría una programación televisiva en una mesa baja, habría saladitos para el aperitivo en caso de que tus amigos vinieran a verte, habría... ¡una vajilla! Estoy segura de que no tienes nada decente con qué recibir a cuatro invitados, como una vajilla a juego. Hasta las chicas más artistas compran todo esto en un alfarero del Ariège: una vajilla completa, platos grandes, platos pequeños, platos de sopa y platos de postre. Cuando tengas una vajilla digna de ese nombre, ¡puede que entonces tengas derecho a escribir la palabra «casa»!

Durante mi Gran Revolución, cuando sufrí el Descalabro, la Conversión, es decir, los primeros meses de empobrecimiento, cometí el error de comprar a fin de mes unos zapatos que me hacían falta. Total, acabé bien calzada, pero hambrienta. Este error me sirvió de lección. La única prioridad válida es la comida. Si llenaba los armarios y no me movía de casa, conseguiría resistir. Y, otra cosa, almacenar es actuar; actuar es luchar; luchar es conservar la dignidad. Debía ir al supermercado para hacer acopio de pasta.

CUANDO EL DIABLO SALIÓ DEL BAÑO

A pesar de esta resolución combativa, volví a sentarme frente al ordenador. Una ansiedad sorda me impedía salir; una debilidad física, también, ante la idea de recorrer los pasillos del supermercado con el hambre en el estómago. Mi desesperación me animó a buscar algo con lo que distraerme. Automática, ineludible, involuntariamente, la página del navegador se abrió sobre el juego en línea Bubble Shooter. Me puse a clicar sobre las distintas bolas de colores. Cada vez que una bola chocaba contra otras dos del mismo color, el trío estallaba y yo sentía en mi ánimo, enganchado a esta tarea elemental y estúpida, una satisfacción que se reproducía con cada estallido. Mi ojo captaba la animación gráfica concebida por los inventores del juego, cada bola se rompía desde dentro, un sonido leve, una nube que se disuelve y, luego, el blanco, que ocupaba el espacio de las bolas, marcando la progresión hacia la victoria. Y ya estaba cliqueando de nuevo para enviar una bola amarilla contra otras bolas amarillas, una roja contra las rojas, experimentando una minirrelajación, distensión inmediata y tontorrón, cuando conseguía hacer desaparecer un trío, una minicontra-riedad cuando no lo conseguía.

—Ay, hija mía, me avergüenzas. ¡Mira que hacer unos estudios tan caros para terminar atontada ante un ordenador! —comentó mi maminquieta.

La actividad bubbleshooterística, que exige atención pero prohíbe el pensamiento, consiguió relajar el mordisco de ansiedad infligido por los cabrones de la EDF. El juego se llevó una hora de mi tiempo. Conseguí eliminar un color, luego otro, luego un tercero y el blanco ganaba terreno en la pantalla. Continué hasta destruir todas las bolas. Mi puntuación apareció en medio de alegres fuegos de artificio pixelados. Me sentía mejor. Evidentemente, en cierto sentido, había perdido todo mi tiempo.

—Sí —expresoltó mi madre—, y no estoy orgullosa de ti.

En la radio, un economista aseguraba que los esfuerzos de los

PRIMERA PARTE

franceses pronto darían sus frutos. El supermercado no cerraba hasta las ocho de la tarde. Empecé otra partida de Bubble Shooter. Estos juegos son socorridas oenegés cerebrales; tendrían que poner en su página de inicio exvotos del tipo: «Aquí, Mouloud evitó el suicidio. Gracias»; «Gracias a Bubble he olvidado a Fernand»; «Se acabó mi depresión. Agradecimiento eterno. Maya». Estos peluches informáticos se desarrollan sobre el estrés de trabajadores acosados, mujeres abandonadas, viejitos solitarios, beneficiarios del programa de orientación Cotorep, adolescentes granujientos, vigilantes nocturnos solteros...

—Y de madres desatendidas por sus hijas —añadió mi madre.

Una vez más, una vez más, una vez más, comprobé mi cuenta bancaria en internet. En la casilla del crédito, mis inocentes 300 euros figuraban rumbo a la amputación EDFica, pero, antes de que la pantalla se congelase en esta cifra, existían tres segundos durante los cuales, tras introducir mis claves, debía esperar a que la página de «resumen de cuentas» se cargase y, en vista de la complejidad de las informaciones y los procedimientos de seguridad internos de la web, estos tres segundos de espera se convertían en irracionales, astronómicos, gnósicos, transiderales, tres segundos de esperanza, tres segundos durante los cuales podía creer en una convulsión del orden de las cosas. Ay, no. Siempre la misma decepción. Decepción pluriprevisible ya que, por añadidura, el servicio de banca en línea sólo se actualiza una vez al día, yo lo sabía de sobra. Las limitaciones de la realidad cayeron sobre mi cabeza como una pila de platos vacíos.

—¡Ya basta! —intervendría mi madre—. Ve a hacer la compra, que falta te hace. Y piensa bien lo que compras. Sobre todo, nada de locuras. ¡Te estoy vigilando!

No es difícil reconocer a los pobres en el supermercado. Son los que llevan una lista en la mano y no se apartan de ella. Los que comprueban los precios omitidos en el lector del código de barras. Los que se bambolean de un pie al otro frente a los estantes. Los que se demoran ante el pletórico despliegue de yogures, comparando los precios por kilo, los precios por unidad, los precios por docena, con la esperanza de hacer la elección más juiciosa entre la gama baja, poco nutritiva, y los mejores productos pero los más caros. Una zorra me empuja. Mete en su carrito los tiramisús de speculoos. Odio. Envidia. Depre. Los altavoces difunden, oh, sorpresa, música de supermercado. Dejo los yogures; rumbo al estante pastas y arroces; estante salsas de tomate; estante latas de raviolis.

Lo que me aflige y me hiere (y se conjura para herirme) es que a cada producto depositado en el cesto, mi presupuesto se reduce. Me gustaría tanto que se produjera un error de caja o un corte eléctrico, una interrupción de la lógica común que pretende que paguemos-lo-que-compramos-al-precio-que-cuesta.

—El mundo no puede doblegarse a tu voluntad —aleguspi-ró mi madre.

Las secciones son largas, los productos innombrables, las palabras impresas en los envoltorios me saltan a la cara y me cansan. Es hora de escaparme. Necesitaba dentífrico, da igual. En la caja, en ese momento de espera particularmente incómodo, miro el carrito: sémola, pasta, arroz, salsa de tomate, puré en copos, leche, yogur natural, mantequilla, café, todos estos comestibles iban a ser engullidos rápidamente por mi estómago. La compra me sale por 22,30. Pago con visa, la moral destrozada. Pron-

PRIMERA PARTE

to, estoy segura, soñaré con que el frigorífico se convierte en un cuerno de la abundancia que, como por arte de magia, se llena de productos lujosos que devoro por la mañana al despertar...

—Estás en plena negación de la realidad. Es tu lado artista. De pequeña, ya te costaba aceptar las limitaciones de lo real.

¿Pero la realidad qué es?

¿El dinero no es acaso una ficción? ¿La aritmética no es un invento colectivo? La única realidad que importa, yo os lo diré (ella os lo dirá), es la realidad estomacal. Todos los seres humanos, desde hace milenios, han tenido que llenarse la panza. Es la única realidad que no se verá paralizada por una revolución, un cambio de estación o un beso mágico. ¿Mi estómago está vacío o lleno? Esto es la base de todo. Porque nunca podremos cocer una sopa al cansancio, ni beber un consomé de amistad. Hay que comer lo que es comestible; sin esto, ni amor, ni guerra, ni fundación del Partido Comunista ni fines de semana de integración a la HEC, la Escuela de Estudios Superiores de Comercio. (Fin de la declaración.)

Una vez guardadas las compras en mi estudio, sentí una ligera mejora. El mundo era hostil, pero yo, con mi pasta al kilo, tenía una armadura. Y, además, mi situación personal me conmovía: ¿no era una chica valiente?, ¿no había pagado honradamente mi deuda? No podían reprocharme nada. Pagaba mis facturas. Comía pobremente. Sí, era audaz. La escasez a menudo activa el orgullo —y creo que todos los que la han conocido me comprenden—, porque somos capaces de no comer nada o casi, nos creemos por encima de los demás, como si la miseria incubara en sus víctimas un orgullo estúpido, pero necesario para combatirla.

Estaba sorbiendo una sopa liofilizada acompañada de biscofes cuando sonó el teléfono.

—Buenos días. Claude Joubert, de su agencia Bouygues Telecom. Tengo una oferta excepcional de abono a internet para usted...

CUANDO EL DIABLO SALIÓ DEL BAÑO

—La corto enseguida, no me interesa.

—¿Puedo preguntarle por qué, señora? De veras que es una oferta excepcional. El precio de suscripción inicial es de catorce euros noventa... [*Sonrisa obligatoria en ella. Suspiro nervioso en mí.*]

—Ya tengo lo que necesito.

—¿Cuánto paga? Estoy segura de que nuestra oferta actual es más interesante...

—No tengo dinero.

—Precisamente, señora, ¿no quiere pagar menos?

—No, no quiero cambiar, como si no tuviera nada mejor que hacer.

—Con Bouygues Telecom, la solución es fácil, conserva usted el mismo número.

[*Tono meloso en ella. Rápida alteración de la bilis en mí.*]

—Mire, estaba comiendo.

—Puedo llamarla más tarde si me dice una franja horaria.

—No, no necesito nada.

—¿No quiere pagar menos? Es una pena, señora. [*Alocución más rápida en ella. Ganas de insultar en mí.*] Le estoy proponiendo que pague menos por su abono telefónico. Vale la pena pensárselo, ¿no le parece?

—Me gustaría colgar, ahora.

—Muy bien. Lo siento por usted, señora, pero es una lástima que no quiera pagar menos... En fin, buenas tardes de parte de Bouygues Telecom.

—Capulla de mierda —digo colgando el aparato.

En la categoría de los peores trabajos del mundo, el de teleoperador puede competir por la palma interplanetaria, es el oficio de la inutilidad y del porculerismo al prójimo unido a la contaminación sonora y a la deformación del lenguaje vía comunicación; me pregunto en qué cerebro tocapelotas congénito o de comercial pedorro nació esta idea de vender servicios

CUANDO EL DIABLO SALIÓ DEL BAÑO

tes meditaciones, contenerte en tus estresadas especulaciones, limitarte en tu hambrienta consciencia, amurallarte en tu moral presurizada, tabicarte en tus desvelos económicos, atarte a tu angustia física, atornillarte a tus fútiles suposiciones, confinar-te a tus imposibles proyecciones, encorsetarte a tu piojoso infortunio, encovarte en tus perpetuas lagunas, encofrarte en tus miserables operaciones, encarcelarte en tus severos castigos, enclaustrarte en tus salariales insuficiencias, enredarte a tu ridícula impotencia, mantenerte en tus estomacales obsesiones, atrincherarte en tus restringidas reflexiones, caracolearte en tus pesadillas bancarias, emparedarte en tus sueños pecuniarios, enterrarte en tus perpetuas privaciones, esposarte a tus cotidianas reducciones, ceñirte a tus sentimientos calamitosos, secuestrarte en tus razonamientos misteriosos, enraizarte en tus irreversibles mensualizaciones, amordazarte a tus sustanciales mutilaciones, ligarte a tus materiales agobios, encarcelarte en tus pobres juicios... Sólo piensas en esto y, al mismo tiempo, no puedes pensar. La mínima idea, apenas erguida, desata proposiciones que no están al alcance de tus medios. Normalmente no te das cuenta, pero cualquier iniciativa termina por engendrar un gasto. Salir de paseo es potenciar el hambre. Quedar con amigos es exponerte a tomar una cerveza. Sin embargo, los que están pelados son quienes más necesitan entretenerse. Por instinto de rebeldía, te dices: ya que estás en el paro, déjate llevar...

Pero es demasiado tarde. 17,70. 17,70. 17,70. 17,70. 17,70. 17,70. 17,70. Encarecidamente a principios de mes. 17,70. 17,70. 17,70. 17,70. 17,70. 17,70. Sobre todo por las nuevas facturas. 17,70. 17,70. 17,70. 17,70. Más allá de esta cifra, lo que me inquietaba era mi situación general. Cuando dejé mi empleo, me llegó algo de dinero, contaba con esa tranquilidad. Pasaron los años. Del paro bajé a las prestaciones sociales. Quedaban lejos, los tiempos de la despreocupación.